

Por supuesto que lo que hizo Hahnemann, no lo fué sino bajo la proteccion de un potentado, del duque de Anhalt-Kæthen. Sumamente desconfiado, nunca dió á nadie la preparacion y la administracion de sus medicamentos; en el año de 1801 encontró en la belladona el preventivo de la escarlatina; en 1810 dió á luz su *Organon*, el oráculo hoy de sus sectarios, y, como era de esperarse, despues de trascurridos varios años, logró rodearse de algunos partidarios y formar unos cimientos más firmes de su escuela en Alemania.

En 1835 se pasó á Paris á procurar extender su sistema; allí logró ver que con más ó ménos dificultades alcanzaba algunos progresos en otras naciones, y saboreando su obra moria allí mismo el 2 ó el 4 de Julio del año de 1843.

Tal fué, en breves rasgos, la vida del primero que introdujo el cisma en la antigua Medicina, y del que primero se atrevió á asentar que toda enfermedad crónica es una enfermedad miasmática.

La Homeopatía, como es de suponerse, en donde primero empezó á aclimatarse y á tomar creces, fué en el país en donde nació, en Alemania, donde encontró proteccion; de allí fué de donde se extendió sucesivamente á Rusia, á Francia, y á las demas naciones de Europa; á España, á Madrid, no llegó sino hasta los años de 1835 á 1836, época en que, á decir verdad, fué mal recibida en la Corte, y no fué sino hasta 1846 cuando se estableció una cátedra de ella y se autorizó la fundacion de una Sociedad Hahnemanniana, y, por fin, en América, á México no llegó sino muy más tarde, hasta 1850, en que un médico español, profesor de la Escuela de Valencia, el Dr. Comellas, la empezó á hacer conocer de nuestros compatriotas. Se inscribió desde luego entre sus colaboradores el Sr. Julian González; ambos la siguieron propagando; en 1854 el mismo Sr. González abrió la primera farmacia homeopática que hubo en la República; en 1857 llegaron al país dos nuevos propagadores del sistema, que empezaron á ejercerlo públicamente; varios años despues algunos discípulos de nuestra Escuela, renegando de su educacion médica, se inscribieron entre los adeptos del nuevo sistema; en 1868 se estableció en la Capital el primer Instituto Hahnemaniano cuyo órgano era en 1870 el *Propagador Homeopático*, y actualmente, la propaganda del sistema es escasa, su único órgano es la *Reforma Médica*, órgano que, á decir verdad, procura llenar hasta donde puede su papel, y su enseñanza científica, que salvo la de su terapéutica especial,

seria en todo lo demas la misma de los médicos alópatas, y su ejercicio, no han llegado á establecerse ni á reglamentarse, aunque quizá faltaria entónces á sus adeptos, hoy sólo aficionados, la abnegacion de consagrar doce años de su existencia al estudio de una profesion que despues no proporciona sino disgustos y sinsabores.

Pero digamos ya algo de lo que es la Homeopatía.

La Homeopatía es una reforma radical hecha á la actual Terapéutica médica, con la cual se pueden curar, segun sus partidarios, de una manera más cierta, más radical, más rápida, más duradera y más agradable, la mayor parte de las enfermedades que aquejan á la especie humana.

Véanse las principales bases en que tal sistema se asienta.

Segun esta escuela, los séres organizados están provistos de dos flúidos, uno eléctrico y otro magnético, y el primero, naciendo del encéfalo, se distribuiria á los cordones nerviosos comunicándoles su poder sensitivo y motor, y el magnético, produciéndose en el mismo centro, descenderia tambien á través de los mismos cordones y seria el moderador y el regularizador del flúido anterior. Ahora, ambos manteniendo el equilibrio en la economía, y con él el estado sano, que uno de ellos venga á ser insuficiente, y entónces ese equilibrio se rompe y aparecen las enfermedades. De aquí que á una enfermedad producida por la falta ó el exceso de un flúido imperceptible se le busque oponer un remedio imperceptible tambien, que se cree encontrar en las dósís infinitesimales (Camboullives).

Pero la base principal en que este sistema se asienta es su terapéutica especial, terapéutica que presenta diferencias radicales con la de la antigua escuela.

Desde luego dirémos que la medicina homeopática es esencialmente sintomática, y que se ocupa poco de la Anatomía patológica y de la Fisiología, no dando importancia ninguna á las lesiones de textura que demuestra la primera porque, dice, el conocerlas seria si se quiere una curiosidad, pero lo que interesa al médico homeópata es conocer las lesiones de sensibilidad y de funciones, es decir, las manifestaciones morbosas, que pueden ser mayores ó menores no obstante que sea una misma la lesion, porque es á éstas á las que tiene que combatir.

Ahora, hé aquí cual es el trípode de esa terapéutica: el experimentar ántes los efectos de sus medicamentos en el hombre sano; la ley de si-

militud, y la ley de las d6sis infinitesimales para los home6patas netamente hahnemanianos.

La experimentacion de los medicamentos en el individuo sano antes de aplicarlos para combatir cualquiera enfermedad, no puede negarse que es una gran conquista que nuestra escuela, como todo lo bueno, venga de donde viniere, ha aceptado tambien. Ahora, no debe olvidarse que la primera idea de hacer 6sto, donde naci6 fu6 en nuestra escuela, con Haller, y que Hahnemann no hizo m6s que ponerla en pr6ctica, pero no puede negarsele que con eso abri6 las puertas 6 la experimentacion fisiol6gica de los medicamentos, y traz6 un brillante camino que nuestros terapeutas no se desdeñan de seguir. La terap6utica homeop6tica, pues, no acepta m6s medicamentos que aquellos cuyos efectos sobre los individuos sanos le son conocidos.

La ley de similitud es otro buen principio, tambien ya vislumbrado desde muy antiguo, pues que ya vimos que 6 Hip6crates le ocurri6, y que Linneo lleg6 6 formarse una vaga concepcion de 6l. Hahnemann, como dijimos, empez6 por ensayar en s6 mismo la quina y se le produjeron unas intermitentes; despues encontr6 que la belladona producia la escarlatina y que ella misma la curaba; en ese camino sigui6 haciendo nuevas conquistas que confirmaban m6s y m6s las ideas ya expresadas por Hip6crates, y despues de un buen conjunto de observaciones, al fin concluy6 con que el desideratum de la Terap6utica debia ser el procurar encontrar los medicamentos que dados 6 los sanos produjeran estados patol6gicos artificiales que ellos mismos combatieran cuando se les administraran 6 los enfermos. Tal fu6 el origen del principio dominante y esencial de la doctrina hahnemaniana, de la ley del *similia similibus curantur*, segun la cual las enfermedades s6lo pueden ser curadas por medicamentos que administrados 6 los sanos sean capaces de producir en ellos un conjunto de s6ntomas semejantes 6 la totalidad de los que en ellas se observan.

De todo esto fu6 de donde empez6 6 deducir Hahnemann que no pueden existir dos enfermedades semejantes en el mismo individuo y que, por lo mismo, si se produce en 6ste con un medicamento una enfermedad artificial semejante 6 la que tiene, aquella destruir6 6 6sta; la afeccion terap6utica superar6, porque ser6 m6s intensa, 6 la espont6nea, pero 6 la vez ser6 de tal naturaleza que por s6 sola ser6 capaz de desaparecer por el triunfo de la fuerza vital, 6 la vez que podr6 extin-

guirse por la sola cesacion del medicamento que la ha producido. (Litr6 et Robin).

La ley de las d6sis infinitesimales, he aqu6 realmente el 6nico punto vulnerable que presenta esta escuela. Despues de haber avanzado Hahnemann por buen camino en el terreno de la experimentacion fisiol6gica; despues de haber descubierto la ley, cierta en muchos casos, de similitud, cay6 en el escollo de admitir que, la actividad de los medicamentos no est6 en razon de su cantidad sino de su grado de dilucion, y que, por lo mismo, 6 diferencia de la terap6utica alop6tica 6 hipocr6tica que busca curar bajo d6sis ponderables, mi6ntas la enfermedad fuera m6s grave, m6s diluido y 6 d6sis m6s pequeña debia darse el medicamento. Sus partidarios han tratado de justificar estas ideas del maestro sosteniendo, y dicen que los hechos los apoyan, que la subdivision suma de los cuerpos desarrolla mayor suma de energ6a en sus propiedades, y que las sustancias medicinales sometidas 6 frotaciones 6 6 sacudimientos reiterados adquieren propiedades nuevas y m6s extensas, y alegan en su favor que los cuerpos pudi6ndose presentar al estado s6lido, l6quido y gaseoso, no repugnaria admitirlos en un cuarto estado el sutil (Charg6), estado en que podrian quiz6 desplegar m6s su potencia. Citan en confirmacion de la actividad de las d6sis infinitesimales, que una cantidad insignificante de s6men basta para fecundar al huevo humano; que la cantidad impalpable de materia odor6fera que desprenden ciertas flores basta para producir cefalalgias, v6mitos y sueño; que en las aguas minerales, tan en voga en la Medicina alop6tica, los principios medicamentosos existen 6 esas pequeñas d6sis; y, por fin, recurriendo 6 las ideas hoy dominantes de los microbios, s6res infinitamente pequeños, que no se palpan pero cuyos efectos son espantosos, y trayendo 6 colacion lo de las epidemias y las pestes, dicen con Trousseau et Pidoux: "... ¿Qu6 son, por fin, las influencias epid6micas? Una cosa que con nuestros sentidos, nuestros microscopios y nuestros reactivos no podemos percibir, que estamos reducidos 6 llamar con palabras vagas, que dan 6 entender m6s de lo que podemos concebir; con palabras arrojadas 6 lo desconocido, un *miasma*, una *influencia*, un *no s6 qu6*, que no se revela 6 nosotros sino por el mal que nos hace, y cuyo solo reactivo es nuestra vida; el cielo est6 azul como en los d6as m6s bellos; los vientos son suaves como los c6firos; el aire, analizado por las manos m6s s6bias, no ofrece ningun cambio en sus elementos ordinarios que son

siempre 79 de ázoe y 21 de oxígeno; el suelo está fresco á nuestros piés; todo sonríe en la naturaleza; la flor continúa abriéndose; las hojas enverdecen; el pájaro canta; todos los animales juguetean en la llanura y en los montes; sólo el hombre muere en esos tiempos de epidemia, y con su muerte atestigua que ese cielo, esa hermosa luz, esa hermosa naturaleza, son para él un cielo, una luz y una naturaleza envenenados . . .” (Chargé.) Realmente, aunque repugna á la razon admitir que obren los medicamentos á las dosis infinitesimales, creemos que debería concederse á los homeópatas que demostraran ante el mundo médico, con hechos, que efectivamente tenían accion esos medicamentos.

Por supuesto que la Homeopatía neta no habria podido sobrevivir encerrándose en sus dosis infinitesimales, y de allí que para purgar á sus enfermos usa de las dosis alopáticas; de ahí que no rehusa las cataplasmas, las inyecciones y los baños, y de ahí que confiese que su sistema es impotente contra las asfixias, los envenenamientos, los últimos períodos de las lesiones profundas de la economía y las enfermedades quirúrgicas. (Chargé.)

Todas estas dificultades, que son de no poca importancia, han venido al fin con el tiempo á levantar un cisma entre los discípulos de esta misma escuela, que ya hoy dicen que si bien la práctica hahnemaniaña pura no prescinde de sus dosis infinitesimales que han venido á ser nuevos y magníficos agentes terapéuticos, confiesan que no siempre la accion de las sustancias está en razon inversa de su cantidad y que en rigor se podrian suprimir en la medicacion homeopática las dosis infinitesimales, sin faltar por eso á la Homeopatía, pudiendo cada cual usar las medicinas por miligramos, por gramos, por onzas ó por libras, segun sus ideas y su experiencia, pues que la Homeopatía no está, segun estos nuevos partidarios, en usar de las dosis infinitesimales, sino en el principio del *similia similibus* y, por lo mismo, en la homeopaticidad de los medicamentos, sean cuales fueren la forma, la dimension, el peso ó la dosis á que se den esos mismos medicamentos. De ahí, dicen, que el atacar las dosis infinitesimales no es atacar la Homeopatía.

Ciertamente que ya esta es una transaccion racional que hace dignos de experimentacion los otros dos principios del sistema.

Aquí será conveniente que digamos ahora que la Homeopatía toma sus medicamentos de los tres reinos de la Naturaleza; que miéntras que

la alopatía los da bajo todas las dosis ponderables y bajo todas las formas imaginables posibles, ella sólo los usa, ya bajo la forma de trituraciones, ya bajo la de tinturas, ya bajo la de diluciones, ya bajo la de glóbulos, en su generalidad en un grado extremo de dilucion; que de todas estas formas farmacéuticas prefiere los glóbulos para combatir las enfermedades agudas, y, por fin, es preciso confesarlo, ella es la que ha empezado por desterrar la antigua y complicada polyfarmacia de las antiguas fórmulas tanto oficinales como magistrales, y la que ha procurado y va en via de lograrlo—realizando las concepciones de nuestros antiguos maestros, de que en Medicina no hay enfermedades sino enfermos—individualizar tambien hasta donde sea posible los tratamientos.

Ya visto lo anterior, tiempo es de que procurémos juzgar á la Homeopatía.

La Homeopatía es una especie de empirismo que como escuela, como dice muy bien Gueyrard, ya pertenece á la historia del arte, y el que, en medio de sus exageraciones tiene algo bueno que no se debe desechar. Y, como ya vimos, no constituyéndola sino para los netamente hahnemanianos, las dosis infinitesimales, de ahí que no se la pueda condenar de una manera tan terminante con nuestro ilustre Carpio, sólo porque si “. . . Hahnemann con sus dosis microscópicas ha creído curar las enfermedades, ha cometido un error inexcusable; pero si con su método ha querido solamente obrar sobre la imaginacion de los enfermos, reduciéndolos en realidad á la medicina expectante, es digna de admirarse su destreza, y á veces de imitarse . . .;” ni se pueda decir de ella con toda verdad con nuestro Rodríguez que “. . . sólo cura la ilusion de la enfermedad con la ilusion del remedio . . .;” ni se pueda afirmar categóricamente, como hacen otros, que solo sirva en las afecciones ligeras, que puedan curar por sí sólas bajo del régimen higiénico, y en las enfermedades nerviosas con la influencia de la imaginacion, el *mens agitat molem* de Virgilio;¹ en suma, que su accion esté limitada á los espíritus timoratos, hipocondriacos, y de nervosismo exagerado en que más obra la imaginacion que la medicina, y en que la fe es la que cura. De ahí que, por lo mismo, por más singular é ineficaz que parezca la doctrina, la creamos, á riesgo de pasar por superficiales, digna de ser sometida al crisol de la experiencia y la razon, y declarémos que ya es

¹ Encidá, Libro 6°